

Tradición e innovación allende el mar. El testimonio de los viajeros

Tradition and Innovation Beyond the Sea. The Testimony of Travellers

Eduardo Aznar Vallejo
Universidad de La Laguna
Instituto de Estudios Medievales y Renacentistas (IEMyR)
<https://orcid.org/0000-0001-6639-3853>
eaznar@ull.edu.es

Recibido: 10/02/2022; Revisado: 19/03/2022; Aceptado: 26/05/2022

Resumen

La expansión en el ultramar atlántico fue ocasión de un permanente contraste entre los datos aportados por la Autoridad, proviniese esta de los Antiguos o los intelectuales medievales, y la experiencia de los exploradores. Esta dialéctica es especialmente visible en los relatos de viajes. Su análisis permite certificar notables cambios en la percepción y aprehensión de la naturaleza y la población de las nuevas tierras. Nuestro trabajo aborda estos aspectos en el período comprendido entre mediados del siglo XIV y finales de la siguiente centuria; y en las regiones que van desde el sur del Atlas hasta el Golfo de Guinea, contando en ellas a los archipiélagos macaronésicos. No buscaremos la contraposición entre la cultura oficial y la práctica de los viajeros, lo que resultaría arduo e infructuoso, limitándonos al choque entre los elementos de la primera que realmente llegaban al común de la gente y la práctica de mercaderes y gente de mar.

Palabras claves: África, Literatura de viajes, Autoridades y Descubrimientos.

Abstract

Atlantic overseas expansion brought about a marked disparity between the information provided by established authority, whether ancient or medieval, and the lived experience of explorers. Such tension is especially evident in travel accounts, which reveal considerable changes in the perception and understanding of both the nature and population of the new lands. This article considers these aspects from the mid-fourteenth century to the end of the fifteenth within the region stretching from the south of the Atlas Mountains to the Guinea Gulf, inclusive of the Macaronesian archipelagos.

Rather than arduously attempting an exhaustive account of the clash between the official culture and the praxis of the travellers, the article confines itself to specifying instances of that clash where said official culture truly reached the common person and encountered the practical knowledge of merchants and seafarers.

Keywords: Africa, Travel Literature, Authorities, Discoveries.

1. INTRODUCCIÓN¹

De la herencia greco-latina, la «geografía» medieval había conservado una enseñanza libresca, transmitida por los compiladores de la Antigüedad tardía (Estrabón, Pomponio Mela, Solino, Macrobio, Orosio...). En dicha transmisión algunos elementos resultaron relegados, caso de la esfericidad de la Tierra, mientras que otros tuvieron larga pervivencia, caso del océano periférico o la teoría de la división del planeta en zonas, de acuerdo con los *climas*. Además, el pensamiento clerical reinterpretó tales conocimientos y los completó con elementos bíblicos, para explicar la organización del mundo ligada a la voluntad divina.

Los viajes de descubrimiento contribuyeron a cambiar esta imagen. Ello se basó, en primer lugar, en una representación más realista y útil del espacio geográfico. El instrumento de la misma fue el mapa-portulano, que supuso una ruptura con la anterior geografía ideológica. Paralelamente, se produjo un desarrollo de la astronomía y de su aplicación náutica, lo que significó un conocimiento más cabal de la tierra y el mar. Por último, el mundo conocido creció y se llenó de matices. La reacción de los exploradores ante paisajes y condiciones naturales de los que no tenían experiencia fue de gran sorpresa. El cielo austral enriqueció la astronomía occidental y los nuevos paisajes ilustraron la teoría de los *climas*, aunque corrigiéndola en sus aspectos humanos. Todos estos cambios limitaron la autoridad de los «antiguos», concediendo nuevo valor a la experiencia.

Los relatos de viajes que ilustran la apertura del Atlántico Meridional durante este período comienzan en *Le Canarien* (1402) y concluyen en el *Esmeraldo de Situ Orbis* de Duarte Pacheco Pereira (1505-1508). A ellos se pueden añadir otros, que no siendo coetáneos recopilan datos anteriores. El mejor ejemplo de éstos es *Asia* de Joao de Barros, cuya primera Década apareció en 1552. La formación de sus autores es diferente y puede reagruparse en dos categorías: los compiladores (*Le Canarien*, Zurara, Münzer, Valentim Fernandes) y los mercaderes/viajeros (Cadamosto, Diogo Gomes, Eustache de la Fosse). Ello afecta a su familiaridad con la ciencia del momento y con el imaginario popular, aunque todos tratan de recoger las experiencias concretas de las expediciones.

¹ Este trabajo ha sido realizado en el marco del proyecto de investigación *El mar como frontera. Transgresiones legales en el Atlántico bajomedieval* (PGC2018-095719-B-I00), financiado por FEDER/Ministerio de Ciencia e Innovación-Agencia Estatal de Investigación del Gobierno de España.

2. LA NUEVA GEOGRAFÍA

El primer y más amplio campo de confrontación era el de la geografía. En él jugaba un amplio papel la citada teoría de los *climas*, puesto que la exploración se dirigía hacia el sur, más allá de lo que se consideraba regiones habitables. El límite entre la zona templada y la *perusta* conoció diversas alternativas, aunque todas respondían a la conjunción del inicio del desierto y los escollos a la navegación, representados por los cabos Nun y Bojador. Las evidencias de esta movilidad las encontramos en la cartografía, al señalarse en ella las columnas o estatuas de Hércules y los topónimos de los hitos más significativos (AZNAR VALLEJO, 2017).

Los relatos de viaje se hacen eco de esta cuestión. En primer lugar, *Le Canarien*, que propone navegar hasta el Cabo Bojador siguiendo las indicaciones del llamado *Libro del Conocimiento*. La lectura del supuesto viaje del mendicante castellano y del portulano que está implícito en él, permite describirlo como «un saliente de la tierra que está frente a nosotros» y situarlo a 12 leguas de las islas (AZNAR *et al.*, 2006: 116-117, 212-213). Tales referencias apuntan al actual Cabo Juby. De la crónica francesa se desprende que los europeos tenían un conocimiento cabal de la costa africana hasta Safi y que este comenzaba a deteriorarse en torno a la región de Gazula y el lugar de Mogador (actual Essaouira). Al sur de estos puntos se encontraban las puertas de la misteriosa región.

Los marinos portugueses heredaron esta situación. Zurara consigna que el infante don Enrique «tenía interés por saber qué tierra había más allá de las islas de Canaria y de un cabo llamado Bojador, pues hasta entonces nunca se había tenido conocimiento cierto de la calidad de la tierra situada más allá de ese cabo, ni por escritos ni por tradiciones orales» (ZURARA, 2012: 130). Los viajes de sus hombres permitieron progresar en el conocimiento de la región y establecieron la localización de dos hitos fundamentales: Num y Bojador, uno frente al archipiélago canario y otros al sur de este. La superación del Bojador tuvo mayor repercusión, pues aunó el logro técnico con otro de apertura mental.

La oposición entre los deseos del Infante y los temores de sus hombres a traspasar los umbrales de la región inhabitable está perfectamente recogida por el cronista áulico. El rechazo de los marinos radicaba en que:

más allá de ese cabo no hay ni gente ni poblado alguno: la tierra es tan arenosa como los desiertos de Libia, en donde no hay agua, ni árboles ni hierba verde; el mar está tan bajo que a una legua de la costa no hay más que una braza de profundidad, y las corrientes son tan fuertes que el barco que vaya más allá no podrá regresar jamás. Por eso nuestros antepasados nunca se arriesgaron a pasarlo.

Y añadían que «el conocimiento que tenían de allí era tan escaso que no supieron recogerlo en los mapas que rigen la navegación por todos los mares» (ZURARA, 2012: 133). La respuesta de don Enrique calificaba dichos temores de habladurías de indoctos marineros. Por ello, exhortó a Gil Eannes, diciendo:

en verdad estoy asombrado de cuánta imaginación ponéis todos en algo tan poco conocido, pues si al menos las cosas que cuentan tuvieran alguna autoridad, por poca que fuere, no os haría tan gran agravio. Pero me estáis diciendo que seguís la opinión de cuatro marinos que, quitándolos de la ruta de Flandes o de algún otro puerto al que navegan frecuentemente, ni siquiera saben sostener la aguja o la carta de marear (ZURARA, 2012: 134).

Como Zurara escribe a mediados de siglo puede relatar la victoria obtenida sobre los elementos (ZURARA, 2012: 258). Su refutación afecta al obstáculo de las corrientes, «pues visteis ir y volver los navíos sin mayor peligro que en cualquier sitio de los otros mares»; al de la tierra arenosa y sin población, pues:

es cierto que respecto a las arenas no se equivocaron totalmente, pero no llegan a ser tan abundantes. En cuanto a la población, habéis comprobado todo lo contrario, pues cada día veis con vuestros propios ojos a sus habitantes»; y a la de la profundidad del mar, «pues en sus cartas señalaban que eran playas tan bajas que a una legua de tierra no había sino una braza de agua, y se vio que era lo contrario, pues los navíos tuvieron y tienen suficiente calado para navegar, si exceptuamos, y así se hizo, determinados bajíos y bancos de arena de algunas restingas, según lo encontrareis ahora en las cartas de navegación que el Infante ordenó hacer.

Esta laudatoria opinión oculta que dichos logros tenían tras de sí muchos años de esfuerzos, que permitieron aprovechar el contra-alisio para las navegaciones de retorno, constatar vida en el desierto y establecer rutas lejos de la costa. El resultado final fue el triunfo de la experiencia sobre «la opinión de los cosmógrafos y en especial del gran Ptolomeo» como señalan Diogo Gomes y Münzer. El primero escribe:

esto que se escribe aquí, se pone con perdón de Tolomeo, que escribió muchas cosas buenas sobre la división del mundo, pero en esta parte se equivocó. Pues describe y divide el mundo en tres partes, una poblada que está en la mitad del mundo, y la septentrional escribe que está sin poblar por el excesivo frío, y la parte equinocial del Mediodía también deshabitada por el excesivo calor (LÓPEZ-CAÑETE QUILES, 1992: 27).

El segundo, en la carta dirigida a Juan II, escribe:

en las cosas que se refieren a la habitabilidad de la tierra hay que fiarse más de la experiencia y de los relatos probables que de las imaginaciones fantásticas. Muchos autorizados astrónomos han negado que haya alguna tierra habitable bajo los trópicos y las regiones equinociales. Con tu experiencia has probado que tales cosas son vanas y falsas (CALERO, 1996: 295-296; MUNZER, 1991: 174-176).

La dificultad superaba lo descrito por el Infante, pues a los problemas de navegación se unía la dirección que tomaba la costa. A este propósito, BARROS señala:

este cabo comienza a encorvar la tierra desde muy lejos (respecto de la costa que atrás tenían descubierta), lanzando y bojando para el oeste cerca de cuarenta leguas (de donde por el mucho bojar lo llamaron bojador). Y como era para ellos cosa muy novedosa apartarse del rumbo que llevaban y seguir otro para el oeste de tantas leguas; principalmente porque en la punta del cabo hallaban una restinga que se alargaba también hacia el oeste unas seis leguas... Dicho temor cegaba a todos por no entender que alejándose del cabo las seis leguas que ocupaba el bajío, podían pasar allende, ya que estaban acostumbrados en las navegaciones que entonces hacían de levante a poniente, a llevar siempre la costa a la mano por el rumbo de la aguja (BARROS, 1932: 13).

La cita adquiere todo su valor si consideramos que la desviación hacia el oeste contradecía lo consignado en sus mapas, que auguraban derroteros hacia el

sur y el levante. Encontramos la misma idea en *Le Canarien*, al referir el itinerario del *Libro del Conocimiento* en estas regiones. En dicho relato, el supuesto fraile mendicante,

pasó por Gazula, donde encontró a unos moros que armaban una galera para ir al Río de Oro; se ajustó con ellos, se hicieron a la mar y pusieron rumbo al Cabo Nun, al Cabo de Sanbrun y después al Cabo Bojador y a toda la costa en dirección al sur hasta el Río de Oro (AZNAR *et al.*, 2006: 118, 214).²

La superación de este obstáculo supuso la ampliación del mundo conocido y la seguridad de seguir avanzando hacia el sur. Así lo expresa ZURARA al concluir sus anotaciones sobre los avances en la costa africana. Sus palabras son las que siguen:

estas carabelas fueron 450 leguas más allá del cabo y se comprueba que toda esa costa prosigue hacia el sur con muchas puntas, según lo que nuestro príncipe hizo añadir en la carta de marear. Conviene señalar que todo lo que se conocía con certeza de las costas del gran océano eran 600 leguas, a las que se añaden estas 450. Y lo que figuraba en el mapamundi respecto a esta costa no era cierto, pues lo dibujaban solo por suposición, pero lo que ahora se representa en las cartas fue algo visto con los ojos, como habéis oído (ZURARA, 2012: 262).

La contradicción entre la cartografía antigua y la experiencia marinera volvió a plantearse al llegar al Golfo de Guinea, donde se suponía que acababa el Continente y se abría la ruta hacia Asia. La frustrada expectativa la encontramos en MÜNZER, quien indica: «llegados al Cabo Formoso, la costa continuaba inclinándose hacia oriente por lo que esperaban llegar a Tapobrana (Ceilán), donde abundan las especias» (MÜNZER, 1958: 241).

Todos estos esfuerzos iban encaminados a encontrar el Río de Oro. Así lo señala Valentim Fernandes, citando la autoridad de Zurara, al señalar que «El infante don Enrique, hijo del rey don João I, después de conquistada Ceuta, determinó descubrir esta costa porque había tenido noticias de que los moros iban a buscar oro por esta región occidental»³. Este término hacía referencia Nilo de los Negros, es decir: la conjunción del Senegal y Niger en el Imperio de Mali. Hasta el siglo XV la producción aurífera llegaba a Europa a través de las rutas caravaneras, envuelta en una aureola maravillosa, de la que encontramos numerosas muestras en la cartografía. El mapamundi de Hereford representa el *Nilus Fluvius*, paralelo a la costa de África y que termina en un lago, en cuyo entorno se representan unas hormigas gigantes desenterrando oro en polvo.⁴ El Atlas Mediceo-Laurentino muestra, por su parte, la conjunción de los dos Nilos con la indicación *hic coligitur aureaum*.⁵ Y el portulano de Giovanni Carigano representa el río con la siguiente

2 El *Libro del Conocimiento* recoge, supuestamente, los viajes de un franciscano castellano en la segunda mitad del siglo XIV, aunque se trata de un viaje imaginario, apoyado en un gran número de informaciones literarias y cartográficas (LACARRA *et al.*, 1999).

3 Bayerische Staats Bibliothek, Co. Hisp. 27, fol. 59 vº del llamado *Manuscrito Valentim Fernandes*. Las citas corresponden a la edición que preparo en unión de la doctora Corbella Díaz. Existe edición en portugués (BALÃO, 1940) y en francés (CEVINAL y MONOD, 1938; MONOD *et al.*, 1951).

4 Hereford, Catedral. Disponible en internet: <https://www.themappamundi.co.uk/mappa-mundi/> [consultado 21 mayo 2021].

5 Florencia, Biblioteca Mediceo Laurenziana, Gaddi Rel 9.

indicación: *iste fluuis exit de nilo ubi multum aurum repperitur*.⁶ Estas indicaciones se completan con la representación de una gran isla en medio del cauce, que desde la carta de los Pizzigani recibe el nombre de *Palolus*.⁷

Tales noticias se encuentran también en nuestros relatos de viajes, comenzando por *Le Canarien*, que las recoge del *Libro del Conoscimiento*. La crónica francesa al reproducir el supuesto viaje del franciscano español, cita que al llegar al Río de Oro encontraron «unos hormigueros con unas hormigas muy grandes, hallaron gran cantidad de oro y los comerciantes consiguieron inmensas ganancias» (AZNAR, *et al.*, 2006: 118, 215). Y al describir el reino de Gotonie, menciona que:

las montañas tienen tal altura que dicen que son las más altas del mundo; unos las llaman Montañas de la Luna y otros Montañas del Oro; son seis y en ellas nacen ocho caudalosos ríos que desembocan en el Río de Oro formando un gran lago, en el que se encuentra una gran isla llamada Palola, poblada por negros (AZNAR, *et al.*, 2006: 119, 215).

Las noticias del *Libro del Conoscimiento* tienen su refrendo cartográfico en el Atlas de Abraham Cresques, quien presenta al emperador de Malí (*Rex Musa Meli*) con una gran pepita de oro en la mano y dibuja una «Isla de Oro» en medio del río.⁸ Y esta tradición se mantiene en el portulano de VILADESTES (1413), quien escribe: «este río es llamado Wad al-Nil y también es apelado el río de Oro, aquí se puede obtener el oro de Palolus».⁹

Como en casos precedentes, los portugueses dieron nueva ubicación al topónimo. La explicación es de tipo comercial, pues en palabras de Valentim Fernandes «se llama así porque este fue el primero donde los portugueses empezaron a comerciar oro y negros».¹⁰ Es decir: habían conseguido desviar hacia la costa los tráficos de las rutas caravaneras. Posteriormente los portugueses buscaron el oro cada vez más al sur, especialmente en Arguim y luego en San Jorge de la Mina (Costa del Oro). Para aumentar lo obtenido en las factorías costeras, también se adentraron en los ríos. El relato más rico a este respecto es el de Diogo Gomes, que remontó el Gambia hasta Cantor (LÓPEZ-CAÑETE QUILES, 1992: 39-41). En las descripciones sobre el preciado metal desaparecen las referencias a la Antigüedad, aunque conservan algún retazo de la mítica riqueza de Malí. A este respecto, Diogo Gomes recoge una información sobre el rey Bormeli (o rey de Malí), «que ataba a su caballo a una piedra de oro que 20 hombres no podían mover» (LÓPEZ-CAÑETE QUILES, 1992: 45). Varios autores recogen el llamado comercio mudo o silencioso generado por el intercambio de este producto por sal u esclavos, caso de Cadamosto (AZNAR *et al.*, 2017: 98-99), Valentim Fernandes¹¹ y Duarte Pacheco Pereira (PACHECO PEREIRA, 1991: 275, 462, 615).

El auténtico Río de Oro (Senegal-Níger) tenía otra connotación fantástica: ser afluente, a través del Nilo, del río Geón, uno de los cuatro que nacían en el Paraíso.

6 Florencia, Archivio di Stato, CN 02.

7 Parma, Biblioteca Palatina, Ms. Parm. 1612.

8 Bibliothèque Nationale de France, Ms. Espagnol 30. Disponible en internet: <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/btv1b52509636n.r=cresques?rk=64378;0> [consultado 21 de mayo 2021]; publicado en ADOLFO PRADO, 1983.

9 Bibliothèque Nationale de France, Res. Ge. AA 566. Disponible en internet: <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/btv1b55007074s.r=viladestes?rk=21459> [consultado 21 de mayo 2021].

10 Bayerische Staats Bibliothek, Co. Hisp. 27, fol. 61 r^o.

11 Bayerische Staats Bibliothek, Co. Hisp. 27, fol. 85 r^o

Ello explica la denominación de la malagueta como «grana del paraíso», en alusión a su color rojo y al origen último de todas las especies. La tradición aseguraba que sus flores y semillas caían de los árboles del Edén, siendo luego transportadas por el viento. La mejor expresión de esta idea se encuentra en el relato de Eustache de la Fosse (FOSSE, 2000: 33 y ss). A partir de este punto de la costa, la exploración abandonó las referencias a la geografía antigua para limitarse a dar nombre a los lugares descubiertos o a recoger la toponimia local. Este proceso llega a la sustitución de algunos de los términos generales de la ciencia antigua, caso de Berbería Inferior por Numidia o Sahara por Libia.

3. LAS MARAVILLAS

Las navegaciones europeas se toparon con otro reto, este de naturaleza mítica. Era así porque la cosmovisión clásica había situado en el extremo occidental de la ecúmene un lugar extraordinario. Para los griegos se trataba de las Makaron Nesoi, o islas de los Bieaventurados. Los romanos transformaron este edénico lugar en las Islas Afortunadas, caracterizadas por las excelencias de su clima, producciones y salubridad. Tales referencias afectaban al conjunto del Océano, aunque con el tiempo tendieron a vincularse con su porción meridional. Este proceso arranca en el siglo xiv, al comienzo de los viajes hacia Canarias. Ya en 1337, Petrarca, haciéndose eco de la expedición al archipiélago de Lanzarote Malocello el año anterior, se permitió afirmar de las Afortunadas: «de las que tanto por experiencia como por lo que los viajeros cuentan, no tenemos menos información que de Italia y Francia».¹² A partir de entonces, se suceden los esfuerzos por hacer coincidir las islas mencionadas por los antiguos con las que se iban reconociendo. Ello produjo una amalgama de islas reales e islas fantásticas. En el portulano de Dulcert (1339), por ejemplo, junto a Lanzarote, Fuerteventura y Lobos se representan (a la altura de Madeira) Primaria, Capraria y Canaria.¹³ Los siguientes mapas van incorporando nuevos nombres, tanto de los que designan islas que hoy consideramos reales como de los que nombran islas que catalogamos como ficticias. También es frecuente que algunas islas, caso de Canaria o Brasil, aparezcan duplicadas. Este estado de incertidumbre inicial se refleja también en la investidura papal del reino de La Fortuna (1344). En el documento de concesión se citan once islas, pues a las seis habituales se unen *Atlántica*, *Hespéride*, *Cernent*, *Gorgona* y *Goleta*, esta última en el Mediterráneo (GARCÍA GALLO, 1957-1958: apéndice nº 1). Durante la segunda parte del siglo xiv el conocimiento de las Canarias y su equiparación a las Afortunadas continuaron avanzando de forma conjunta.

El proceso culminó durante el siglo xv, cuando la cartografía muestra de manera segura el conjunto de las islas y dicha equiparación se impone de forma incontestable. Muestra de esto último son las palabras de Alonso de Cartagena, que al comentar la información de Isidoro sobre las islas de los Afortunados, concluye:

¹² Carta recogida en la colección *Familiarum rerum libri* (PETRARCA, 1990: Lib. III, 1, 3).

¹³ Bibliothèque Nationale de France, Res. Ge. AA 566. Disponible en internet : <<https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/btv1b52503220z/f1.item.r=angelino%20dulcert>> [consultado 21 de mayo 2021].

de esto se deduce suficientemente que éstas son las islas que actualmente se llaman de Canaria, lo cual está claro por su situación... También se conjetura esto partiendo del nombre, pues algunas de ellas, principalmente las primeras, se llamaban islas de los Afortunados, según Isidoro. Y todavía hoy la segunda isla de Canaria se llama Fuerteventura, es decir, Fortuna, y así parece que en cierto modo conserva hasta el día de hoy aquel nombre de Fortuna. La cuarta se llama Infierno... y esta palabra alude al mito de dragón, pues del hecho de que la rodea un mar terrible y zigzagueante, también los poetas en plan novelesco decían que allí había un dragón... por su parte, lo que dice Isidoro de «de cuerpo hirsuto y áspero» concuerda bien con la verdad, pues quizás en todo el mundo no hay incultura semejante ni rudeza o aspereza de costumbres como allí (CARTAGENA, 1994: 95).

Parte de esta tradición se conservó en los viajeros del siglo xv. Su muestra más clara la encontramos en *Le Canarien*. Al describir las islas, las presenta como «el lugar más sano que se puede encontrar; en ellas no vive ningún animal venenoso, especialmente en las Canarias, en las que llevamos dos años y medio sin que ninguno de nosotros se haya enfermado nunca» (AZNAR, *et al.*, 2006: 115, 210). Además, presenta a sus habitantes como longevos y atribuye estas circunstancias a la calidad del aire, elemento considerado imprescindible en la Edad Media para el mantenimiento de la salud. Las referencias a Madeira en este terreno son menores, aunque Valentim Fernandes indica: «en esta isla de Madeira no había ningún tipo de animales, ni mansos ni salvajes, ni bichos ni ratones. Pero ahora hay en ella alimañas de toda clase, excepto bichos y bestias venenosas».¹⁴ La ausencia de animales venenosos era una característica de las Afortunadas, a partir de las características de la isla de *Tanatos*, reputada por su fertilidad y por no contar con serpientes. Conviene señalar que originariamente había sido denominada *Athanatos* por Solino, porque sus moradores no conocían la muerte y si se llevaba algún reptil a ella moría (SOLINO, 2014); pero Isidoro y Pierre d'Ailly le quitaron la partícula privativa, poniendo su nombre en relación con la muerte de los reptiles (D'AILLY, 1992: 98).

Cabo Verde contaba con otra propiedad en este terreno: la curación de la lepra utilizando las tortugas del archipiélago. Los detalles de la curación están recogidos por Eustache de la Fosse (FOSSE, 2000: 45-47). Según él «el leproso se cura comiendo esas tortugas, untándose con su sangre y sazonando con su grasa todos los alimentos, y de ese modo al cabo de dos años se encuentra bien purgado y curado de su lepra». Y añade que, al bañarlos con la sangre «durante dos o tres días se encuentran tan rígidos que no pueden hacer ningún movimiento y hay que darles de comer como a un pajarito». Termina señalando: «interiormente se purgan comiendo la carne y la grasa de esas tortugas». Aporta como testimonio, el caso de Juan de Luxemburgo, quien por indicación suya viajó a la isla de Santiago, donde permaneció dos años hasta su restablecimiento, aunque la muerte le sorprendió antes de iniciar el regreso. Dicho autor señala que los poderes curativos de las tortugas menguaron por la llegada de pobladores del Continente. Sus palabras son las siguientes: «al principio eran tan eficaces que, cuantos leprosos se acercaban a ellas, sanaban. Pero ahora son tan dañinas que la gente sana se enferma. Pienso que después de que las poblaron con negros corrompieron el aire como en su tierra que es insano». Esta apreciación insiste en el carácter beneficioso del aire insular frente a los miasmas continentales. Valentim

¹⁴ Bayerische Staats Bibliothek, Co. Hisp. 27, fol. 166 r^o.

Fernandes también menciona este poder curativo, aunque lo refiere a Arguim y lo circunscribe al aceite. Su explicación es como sigue: «tienen unto como el cerdo y su gordura y unto son de color verde. Con esta grasa se hace el mejor aceite que se pueda elaborar, muy provechoso y medicinal para los leprosos». ¹⁵ En los restantes relatos de nuestra serie las referencias a las tortugas ignoran esta propiedad, que sí existe en otras fuentes. León el Africano señala: «los habitantes del desierto pretenden que los atacados de lepra y cuya enfermedad date de menos de siete años, si comen carne de estas tortugas durante siete días se curan» (LEÓN EL AFRICANO, 2004: 543). Y la misma opinión ofrece, para América, fray Bartolomé de las Casas (CASAS, 1994: 1.036).

Aunque MÜNZER hable de las islas Afortunadas de Santiago y Mayo (Cabo Verde) (MÜNZER, 1958: 264) y Alonso de Cartagena vincule las Afortunadas con las Hespérides y Górgades, estos dos archipiélagos también tendieron a encarnarse en nuevas realidades geográficas. El segundo de ellos se vinculó rápidamente a Cabo Verde, por su situación frente al Cabo Occidental (D'Ailly, 1992: 99; FERNÁNDEZ DE OVIEDO, 1959: Lib. I, 19). El primero, en cambio, tuvo más difícil acomodo. Duarte Pacheco Pereira, lo agrega a las islas de Cabo Verde (PACHECO PEREIRA, 1991: 268, 458, 610). Más tarde, Fernández de Oviedo lo llevará hasta las Indias Occidentales, justificando la traslación en el hecho de encontrarse a cuarenta días de navegación de las Górgades (FERNÁNDEZ DE OVIEDO, 1959: Lib. II, cap. III) ¹⁶ y afirmando que los castellanos tuvieron dominio previo de las Indias por lo dicho por Aristóteles a propósito de la isla Atlante y por Seboso de las Hespérides. ¹⁷ En medio se sitúan otros autores que no le asignan ninguna ubicación, contentándose con relacionarlo con los anteriores. Este es el caso de las apostillas colombinas al *Ymago Mundi* de Pierre d'Ailly que, tras asociar Las Afortunadas a Canarias y las Górgades a Cabo Verde, se limita a decir de las Hespérides «que se llaman así por la ciudad de Hespéride, que estuvo en los confines de Mauritania» (D'Ailly, 1992: 99). Esta era el final de un largo viaje, pues inicialmente el término hacía alusión a los pueblos del sol poniente, situados en la costa de Cirene y reputados por la fertilidad de sus tierras. Conforme avanzó el conocimiento del Mediterráneo, el topónimo avanzó hasta situarse más allá de las Columnas de Hércules, a orillas del Lixus. La última transformación consistió en que el maravilloso jardín quedó rodeado por el mar. Valentim Fernandes no llega a desarrollar estas ideas, aunque al analizar el archipiélago de Cabo Verde anota referencias a Plinio y Pomponio acerca de las islas del Atlántico. ¹⁸

Los archipiélagos de nuestro estudio comparten con los restantes del Océano Occidental ciertas leyendas, nacidas de la «degradación» de los mitos originales (VIGNERAS, 1973). Una de ellas consiste en la visión intermitente de las islas. Ya en el tránsito entre los siglos XI y XII, Honorius Augustodunensis había escrito de la «Isla Perdida» (AUGUSTODUNENSIS, 1854: 132-133). ¹⁹ Más de un siglo después el planisferio de Ebstorf precisa: «Isla Perdida. San Brendán la descubrió pero nadie la ha encontrado desde entonces» (KAMAL, 1926-1951: v, 62; VIGNERAS, 1973:

¹⁵ Bayerische Staats Bibliothek, Co. Hisp. 27, fol. 66 r^o

¹⁶ Recogido en COLÓN, 2000: cap. X, 82.

¹⁷ Recogido en COLÓN, 2000: cap. X, 77-84; negado por CASAS, 1986: cap. XV, 75-82.

¹⁸ Bayerische Staats Bibliothek, Co. Hisp. 27, Fol. 185 v^o. Las citas son a PLINIO EL VIEJO, 1998: Lib. 6, C^a 31, y POMPONIO MELA, 1989: Lib. 3, Fol. 84.

¹⁹ Sin embargo, Doménico Silvestri atribuye la cita a San Isidoro (MONTESDEOCA MEDINA, 2000) y el padre Las Casas lo refiere a San Anselmo (CASAS, 1986: 48).

842). Y en el mapamundi de Hereford, de similar fecha, se representan seis islas en la costa de Marruecos, con la siguiente leyenda «las seis islas Afortunadas». Ellas son las islas de Brendán. La asociación de la mítica isla al monje irlandés le confirió gran notoriedad, reflejada en la conservación de un centenar largo de ejemplares de la *Navigatio*, sin contar las traducciones y adaptaciones. También tuvo importante presencia en la cartografía posterior. ZURARA recuerda la leyenda del santo al indicar el deseo del Infante de conocer las tierras más allá de las islas de Canaria y del cabo Bojador, pues «unos decían que por allí había estado San Brandán y otros decían que hacia allí habían partido dos galeras que nunca más volvieron» (ZURARA, 2012: 130). En la tradición posterior, esta isla *non trubada* sirvió para equiparar las seis Afortunadas a las siete del archipiélago canario.

La misma propiedad poseía la isla de Antilla o de las Siete Ciudades, que comienza su andadura cartográfica a comienzos del siglo xv. En esta versión de la leyenda, tal *maravilla* era debida a un sortilegio del obispo de Oporto, que en el 734 la repobló, en unión de otros seis obispos, al huir del avance musulmán. Su conjuro debía durar hasta que se produjese el final de la *pérdida de España* y por eso fueron llamadas *Encantadas*. El mejor relato de esta leyenda se encuentra en el itinerario de Eustache de la Fosse (FOSSE, 2000: 49-51). La *maravilla* es introducida por el vuelo de aves, de procedencia lejana y regusto edénico. Su contexto histórico es el de la *pérdida de España*, en tiempos de Carlomagno; y su medio el saber nigromante del eclesiástico. Como el encantamiento había de durar hasta el final de la Reconquista, la inminencia de la toma de Granada permite la arribada de un navío desde Madeira, pero no su descubrimiento definitivo. Según la tradición, no fue esta la única llegada fortuita, como recuerda Hernando Colón en la *Historia del Almirante*, en la que relata como los grumetes de una embarcación del Infante don Enrique cogieron arena para el fogón, hallando que la tercera parte era oro fino (COLÓN, 2000: cap. X, 75). La firme creencia en la leyenda explica que en un derrotero del siglo xv, incluido en el *Libro da Marinharia*, se recojan las rutas para navegar a las islas «no descubiertas» (RANGLES, 1989: 8).

Para nuestros viajeros tales *maravillas* se situaban en el plano de lo natural. Dios era el único que podía actuar de un modo sobrenatural, es decir obrar milagros. La concepción realista de estos prodigios queda clara en la introducción que hace Cadamosto a su relato:

habiendo visto en este viaje muchas maravillas dignas de ser reseñadas, pensé que, mientras conservara mi memoria, merecía el esfuerzo poner todo por escrito a fin de que aquellos que vinieran después de mí pudieran entender qué me guió para adentrarme en regiones tan diferentes y desconocidas que, en comparación con las nuestras, según he comprobado y entendido, podrían con toda propiedad corresponder a otro mundo. Y aunque no esté todo ordenado con el rigor que la materia requiere, al menos serán hechos completamente verdaderos, pues prefiero quedarme corto que narrar cosas cuya certeza desconozco.

Y lo mismo sucede con la aceptación sin extrañeza de unicornios vivos en África (AZNAR *et al.*, 2017: 171).²⁰

20 Así lo recoge el viajero veneciano al contar la captura de un negro en la Arboleda de Santa Ana, durante la navegación de Pedro de Sintra. De este individuo indica: «lo que refería este negro al rey por medio de aquella mujer resultaba incomprensible, salvo que le había dicho que en su país se

La última frase muestra que la aceptación de las *maravillas* no estaba reñida con cierto espíritu crítico, que fue creciendo con el paso de los años. Esta exigencia era mayor entre los espíritus cultivados, como muestra la interpretación de Zurara de lo percibidos por los marineros al referirse a las almadías de la región de Arguim, cuyos tripulantes se servían de los pies a modo de remos. Según el cronista áulico: «como era algo a lo que los nuestros no estaban habituados, al verlos desde lejos creyeron que se trataba de aves que se desplazaban de esa forma, y, aunque notasen gran diferencia de tamaño, pensaron que podían existir en esas regiones, de las que se contaban otras maravillas mayores» (ZURARA, 2012: 150-151).

La misma prudencia encontramos en los clérigos redactores de *Le Canarien*, al referirse a lo que cuentan los marineros, que:

nos han dicho que más allá de la isla de El Hierro, siguiendo recto hacia el sur, a once leguas de distancia hay una isla que se llama Los Reyes, muy poblada por gentes que son rojas, pero nosotros no podemos hablar de eso con certeza porque nunca las hemos visto (AZNAR *et al.*, 2006: 128).

Por contra, sitúan fuera de lo común algo que para los marinos era normal. Su comentario sobre los delfines es el siguiente:

por esa banda hay unos peces extraordinarios, que se mantienen erguidos cuando oyen llegar los barcos y los esperan hasta que los tienen cerca, y cuando vuelven a caer al mar dan tal golpe que se oye desde muy lejos; su altura sobre el mar puede llegar al tamaño de una lanza; los marineros los llaman sirenas y después de haberse dejado ver, habitualmente se desata una tempestad en el mar (AZNAR *et al.*, 2006: 128).

La designación de *sirenas* para algunos tipos de delfines era frecuente entre los pescadores castellanos, como se recoge en la documentación de la época.²¹ Pero para los ilustrados de la época, el regusto mítico persistía. Véase si no, la descripción que de ellas hace Colón en su primer viaje:

el día pasado, cuando el Almirante iba al río del Oro, dixo que vido tres serenas que salieron bien alto de la mar, pero no eran tan hermosas como las pintan, que en alguna manera tenían forma de hombre en la cara; dixo que otras vezes vido algunas en Guinea en la Costa Manigueta (COLÓN, 1992: 191-192).

Algunos descubrimientos se confrontan con la tradición antes de otorgarles el carácter de maravilla o de simple novedad. Los mejores ejemplos los encontramos en Cadamosto. Es el caso, por ejemplo, de unas aves de nombre *croes*, que tilda de falso pelícanos. Su argumento es el siguiente: «estos pelícanos no son aquellos que aparecen en los libros, que crían a sus hijos con su propia sangre, sino que los portugueses han designado como *pelícanos* a estas aves a causa de que su piel se despelleja al arrancarle las plumas».²²

encontraban, entre otras cosas, unicornios vivos».

21 En 1518 el preboste de Bermeo pretendía cobrar a los pescadores de la villa «un tercio de las ballenas y las sirenas» (GARCÍA DE CORTÁZAR *et alii.*, 1985: II, 117).

22 *Crooes* en el manuscrito. Zurara describe en la isla de las Garzas, la presencia: «de unas aves que no hay en esta tierra llamadas *croes*, totalmente blancas, de mayor tamaño que los cisnes, cuyos picos

Utiliza el mismo razonamiento al referirse a las serpientes, de las que escribe: «grandes y pequeñas: algunas son venenosas, otras no, y de las grandes las hay de dos pasos y más de largo, pero no poseen alas ni pies, como suelen decir que tienen las serpientes». Este comentario nace de la tradicional asociación de este animal con el dragón como encarnación de Satanás y del Anticristo, dotado de garras y alas. Frente a la imagen bíblica del *Génesis* de la serpiente condenada a reptar sobre la tierra, se construyó la imagen del *Apocalipsis*, que señala: «y fue lanzado fuera el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero» (*Génesis* 3:14; *Apocalipsis* 12:9.). Otra aclaración es la dedicada a los elefantes, de los que afirma:

tienen rodillas y las doblan cuando caminan, como otros animales. Señalo esto porque había oído decir, antes de venir a esta región, que los elefantes no se podían arrodillar y que dormían de pie, lo que es pura invención, puesto que se echan en tierra y se levantan como cualquier otro animal (AZNAR, *et al.*, 2017: 127).

Las navegaciones atlánticas condujeron a los europeos hasta Etiopía Occidental, dando pie a nuevas confrontaciones con la Tradición. La Geografía Antigua, repetida en la Edad Media desde San Isidoro a Pierre d'Ailly, reconocía la existencia de dos Etiopías, una cercana a la salida del sol y otra próxima a su ocaso en Mauritania. Esta referencia se encuentra en Zurara, Cadamosto y Duarte Pacheco Pereira. La misma casa bien con las poblaciones encontradas, pues el término etíope procedente del griego, Αἰθιοψ, *Æthiops*, significa «los que tienen la cara quemada». Lo importante en nuestro relato es que la supuesta continuidad geográfica daba acceso a las maravillas de la parte oriental.

La primera de ellas el acceso al país del Preste Juan. El reino del mítico rey-sacerdote se situaba inicialmente en las llanuras asiáticas y, posteriormente, en Etiopía, aunque siempre dentro del mismo continente, pues la frontera entre Asia y África estaba establecida en el Nilo, no en el Mar Rojo. Las primeras noticias que se tienen de él parten de la Crónica de Otton de Freising que relataba los acontecimientos sucedidos antes de 1145 en los que un rey nestoriano llamado Presbyter Johannes se enfrentó a los soberanos de Asia Central. Su leyenda se difundiría por toda Europa hacia el año 1150 cuando empezaron a circular varias versiones de una carta que había enviado, entre otros, al papa Alejandro III, y en la que se presentaba como el gobernante de un reino cristiano inmensamente rico, anunciando su intención de liberar la Tierra Santa de los infieles (GONZÁLEZ ROLÁN, 2015).

Le Canarien contiene referencias a este mítico personaje, tomadas del *Libro del Conocimiento*. De acuerdo con estos datos, siguiendo el *Nilo de los Negros* o Río de Oro se podía acceder a la residencia que poseía en Malsa, capital reino cristiano de Dongola (Dunqula), provincia de Nubia (AZNAR *et al.*, 2006: 115, 118, 119, 134, 211, 214, 216, 217). Según los cronistas franceses, en la búsqueda del Preste Juan se podía contar con la ayuda de los farfanos. Tal referencia hace alusión a los caballeros cristianos residentes en Marruecos, que regresaron a Castilla en época de Juan I, recibiendo privilegios de su hijo, Enrique III, en 1394. La leyenda hace

tienen tres codos o más, y tres dedos ancho, y parecen fundas de espada tan trabajados y con tantos adornos como si se los hubiesen hecho artificialmente a base de fundición para realzar su hermosura. Y la boca y la papada es tan enorme que en ella cabe, por muy grande que sea, la pierna de un hombre hasta la rodilla» (ZURARA, 2012: 211-212).

remontar sus orígenes a la época visigoda, aunque la crítica histórica los vincula a los mercenarios que sirvieron a príncipes musulmanes desde el siglo XII (SÁNCHEZ SAUS, 1988):

Las fuentes portuguesas también contienen noticias a este respecto. Según Zurara, la búsqueda de los príncipes cristianos de la diáspora fue la cuarta de las razones que movieron a don Enrique a emprender sus viajes de descubrimiento (ZURARA, 2012: 131). Su opinión se ve corroborada por las instrucciones del Infante a Antão Gonçalves antes de partir para el Río de Oro. En ellas, le encargó adquirir noticias «de las Indias y del país del Preste Juan» (LOPES DE ALMEIDA *et al.*, 1960-1974: VIII, n.º. 43, 1443). Las bulas papales recogen la misma idea, aunque sin citar a este personaje, al incluir entre los méritos del infante portugués el haber hecho navegable el Océano, tal y como aparece en la versión castellana de la bula *Aeterne Regis*:

fasta los yndos, que se dize que onrran el nombre de Cristo, y que así se podría partiçipar con ellos y comovellos para ayuda de los christianos contra los moros y los otros tales enemigos de la Fe, y que algunos gentiles o paganos, no teñidos con la seta del nefandísimo Mahomad, que están en medio, podrían ser luego conquistados, y les podría ser predicado y hazer ser predicado el nombre de Christo (TORRE y SUÁREZ FERNÁNDEZ, 1958-1963: II, n.º. 296, 21-VI-1481).

Las referencias al Preste Juan desaparecen en los relatos atlánticos de la segunda mitad del siglo XV. La razón parece estribar en una nueva vía para los contactos con las cristiandades etíopes. Muestra de ella es la embajada enviada al Mar Rojo por Juan II, recogida por Joao de Barros (BARROS, 1932: 88-91). Sus embajadores, Pêro de Covilhã y Afonso de Paiva, tenían la misión de averiguar si del Mediterráneo a la India había un paso por mar; y recoger sobre el terreno todas las informaciones sobre los países de donde procedían las riquezas y sobre el rey-sacerdote. Partieron de Lisboa en 1487 y llegaron a El Cairo, donde se unieron a comerciantes árabes para alcanzar la desembocadura del Mar Rojo. En el verano de 1488 llegaron a Adén, donde se separaron. Paiva se dirigió al sur, hacia Axum, y Covilhã hacia Malabar. Paiva no tardó en morir, pero Covilhã visitó los puertos occidentales de la India, descendiendo seguidamente por la costa de África hasta Sofala, desde donde regresó a El Cairo. Aquí encontró a dos judíos portugueses, Abraham y José, que le ordenaron, en nombre del rey, dirigirse a Ormuz. Lo hizo en compañía del primero, quien regresó a Lisboa con el informe oral de Covilhã. Este se dirigió a Abisinia, cerca del negus Escánder, para allí concluir la misión. Hasta 1521 no se volvió a saber de él, cuando lo encontró un embajador portugués, ya que el negus, encantado de su ciencia y habilidad, lo había retenido bajo amenaza de muerte.

4. EL ANCHO MAR

Los viajes hacia el Atlántico Meridional plantearon un cambio en los sistemas de navegación, que afectó tanto a la tradición culta como popular. En buena medida, se trataba del recurso a la Estrella Polar, como medio de orientación. Tanto en la navegación «empírica» como en los inicios de la «astronómica» era un medio de no perder el rumbo al alejarse de la costa, pues indicaba el Norte. La

diferencia entre ellas era la utilización o no de instrumental técnico. A mitad del siglo xv los exploradores comenzaron a calcular la altura de la estrella polar con el cuadrante, como medio de conocer la distancia recorrida, sin que ello supusiera todavía un cálculo de la latitud como tal. Sirva de ejemplo uno de nuestros viajeros, Diogo Gomes, quien explica la razón de realizar tales medidas:

Yo tenía un cuadrante cuando fui a esos lugares y escribí en la tabla del cuadrante la altura del Polo Ártico, y lo encontré mucho mejor que en la carta. Es cierto que en la carta se ve la ruta de la travesía, mas una vez equivocada, nunca se vuelve al objetivo original (LÓPEZ-CAÑETE QUILES, 1992: 65).

Conforme las navegaciones se aproximaron al Ecuador, el recurso a la polar se hizo más difícil. Los tres testimonios de Cadamosto, a pesar de las dudas acerca de su completa coetaneidad, así lo confirman (AZNAR *et al.*, 2017: 145, 168). En el primero de ellos, indica:

en la desembocadura de este río no vimos sino una vez la Tramontana, situada muy baja sobre el mar. La pudimos divisar con tiempo muy claro, y nos parecía que estaba como a una lanza sobre el horizonte. Asimismo, vimos seis estrellas bajas sobre el mar, claras, brillantes y grandes. Fijando su posición por la brújula, quedaban hacia el oeste.

En el segundo, al referirse al *Carro del Ostro*, es decir, Carro del Sur o Austral (se trata de la constelación Crux o Cruz del Sur), señala: «la estrella principal no la vimos, puesto que era imposible distinguirla salvo que perdiésemos nuestra Tramontana». Su última anotación corresponde a la Isla Roja, de la que comenta: «en esta islita aparece la Tramontana a la altura de un hombre sobre el mar». Su opinión coincide con la de Usodimare, que explicaba a sus asociados por qué no pasó de Gambia: «Si hubiera navegado un día más, habría perdido la estrella Polar» (BRÁSIO, 1958: 381-383). No fueron los primeros en advertir que al aproximarse al Ecuador, la silueta de la estrella Polar se situaba en el horizonte hasta perderse, pues mucho antes algunos de los viajeros que habían emprendido la ruta de Asia (Juan de Montecorvino en su Carta Índica, Marco Polo según las referencias que proporcionó al astrónomo Pietro d'Abano, Jordanus de Severac en su *Mirabilia Descripta* o Juan de Marignolli en su *Chronica Boemorum*) habían quedado desconcertados por este fenómeno (MOLLAT, 1990: 117-120; PHILLIPS, 1994: 236). Esta dificultad moverá a los navegantes de finales de siglo a calcular la altura del sol y a confeccionar tablas de la declinación solar. Esta práctica, heredera de la astronomía árabe peninsular, permitía el establecimiento de la latitud y su representación. Por esta razón, Duarte Pacheco indica que «tomó las alturas del sol y su declinación, para saber los grados que cada lugar se aparta de latitud de la misma equinocial», según la citada carta de Münzer al rey Juan II (CALERO, 1996: 295-296). Además de mejorar por esta vía los sistemas de navegación, el citado autor se permitió evidenciar las diferencias entre la ciencia teórica y la ciencia experimental. Señaló que astrólogos y marineros tenían diferencias sobre el curso de la luna (PACHECO PEREIRA, 1991: 207-208, 417-418, 560-561).

La proximidad al Ecuador se tradujo también en la constatación de días y noches prácticamente iguales, como señaló Cadamosto, tanto al referirse a la situación sanitaria de Mali, por encontrarse muy cerca del Equinoccio (AZNAR *et*

al., 2017: 98),²³ como al comentar la navegación por la costa (AZNAR *et al.*, 2017: 147).²⁴ Este autor añade la inexistencia de aurora, pues la noche y el día se suceden sin transición. Valentim Fernandes también constata este fenómeno, en su caso referido a la isla de Sao Tomé²⁵.

Nuestros relatos no contienen referencias a los *abismos del mar*, las regiones *anegadas*, los mares *pedregosos* u otros peligros, tan presentes en los cronistas de Indias. Es más, se hacen eco de una concepción del Océano que permitía abrigar esperanzas de alcanzar las Indias por la vía de Poniente. Münzer se permitió escribir a Juan II, instándole a «Que no te perturbe Alfagrano y otros sin experiencia, que dijeron que sólo una cuarta parte de la tierra está por encima del mar, mientras que las otras tres están sumergidas en él» (CALERO, 1996: 295).

Abundan, por contra, en descripciones de condiciones naturales y de navegación que contradecían la experiencia adquirida en otros mares. Diogo Gomes analiza la fuerza las mareas en el Río Grande (LÓPEZ-CAÑETE QUILES, 1992: 37). Al romper en la costa, tanto en pleamar como en bajamar, destrozaban las anclas, con el consiguiente recelo de las tripulaciones a proseguir viaje más al sur. Y Cadamosto se asombra de su acción en el Cabo Rojo, pues tardan cuatro en subir y ocho en descender, en lugar de emplear seis horas en ambas acciones «como sucede en todos los lugares donde navegan los cristianos» (AZNAR *et al.*, 2017: 163). El resultado era una pleamar extraordinariamente fuerte que no permitía retener los navíos ni con tres anclas y que creaba tal corriente que vencia la marcha de las embarcaciones a toda vela. Y otro tanto hace Pereira Pacheco respecto del Río Grande, en cuyo interior las aguas pueden subir súbitamente 12 o 15 brazas, poniendo en gravísimo peligro a los navíos (PACHECO PEREIRA, 1991: 279, 464, 618). Otro tanto sucede con las corrientes. Münzer señala la diferencia entre viajar hacia Guinea y regresar desde este punto, pues según él, se avanza más en un día hacia el sur que en diez hacia el norte (MÜNZER, 1958: 242). E indica que, a causa del sentido descendente del mar, era necesario anclar los navíos que retornaban, so pena de retroceder entre 15 y 20 millas.

A estos contratiempos se unían los propios del clima. MÜNZER se hace eco de las numerosas y fuertes tormentas (MÜNZER, 1958: 243-244). Según este autor, lo peor de ellas era la lluvia, caliente y fétida, que estropeaba los vestidos si no se lavaban. Las mismas se concentraban en julio, agosto y septiembre. La diferencia con lo que ocurría en Portugal, lleva a Pereira Pacheco a explicarlas como propias del invierno local, que según este autor duraba de mayo a septiembre, a pesar de referirse a regiones que se encontraban en el hemisferio norte (PACHECO PEREIRA, 1991: 327, 492, 654). Además, durante las mismas se originaba un vapor malsano, como de azufre, que resulta nocivo. Muchas personas no soportaban tales condiciones, especialmente los alemanes y otras gentes del norte, la mayoría de los cuales morían. Cadamosto es más prudente y dice que «hay una temporada que llaman invierno», que va de julio hasta octubre, en la que llueve casi diariamente y con tormentas (AZNAR, CORBELLA y TEJERA, 2017: 145-146).

23 La cita es la siguiente: «como están muy cerca del equinoccio, donde el día y la noche duran aproximadamente lo mismo, el calor es tan intenso en ciertas épocas del año que la sangre se corrompe, de suerte que, si no fuera por la sal, morirían».

24 La cita es como sigue: «por la mañana, cuando se hace de día, no hay aurora al salir el Sol como en nuestra tierra, donde entre la aurora y el Sol siempre transcurre cierto tiempo; aquí, en cuanto desaparece la negrura de la noche, inmediatamente se ve el Sol».

25 Bayerische Staats Bibliothek, Co. Hisp. 27, fol. 198 vº.

5. NUEVAS GENTES

La creencia de que las fronteras de la ecúmene estaban habitadas por seres infrahumanos chocó pronto con la experiencia de los viajeros. Además, a través del comercio esclavista, los europeos tenían un conocimiento previo de las poblaciones africanas, tanto de Canarias como del Continente. Su pertenencia al género humano fue rápidamente admitida, tal como señalan Zurara y Duarte Pacheco Pereira al calificarlos como «hijos de Adán», «descendientes de los hijos de Adán», o «de generación de Adán», aplicado tanto a los guineos como a la gente de Brasil (PACHECO PEREIRA, 1991: 337, 497, 661; ZURARA, 2012: 165, 182) y al señalar que se trataba de seres racionales, dotados de alma (ZURARA, 2012: 165, 182).

Lo anterior no significaba que se ignorase su «alteridad» y la sorpresa por su extrema variedad, como indica Duarte Pacheco Pereira al referirse a los *nuevos pueblos de Etiopía*, «cuyo color, apariencia y modo de vivir nadie pudiese creer sin no los hubiese visto» (PACHECO PEREIRA, 1991: 244, 442-443, 591). Tal diversidad era medida a través de diversos parámetros (vestido, alimentación, vivienda, organización...), que solían comportar más desprecio que aversión. La frontera entre ambos conceptos, sin embargo, podía traspasarse en casos extremos de «barbarie». Muestra de ello lo encontramos en ZURARA al clasificar los esclavos llegados a Lagos por su color. En una escala descendente de estima, los presenta de la siguiente manera: «había algunos casi blancos, hermosos y proporcionados; otros menos blancos, que podían pasar por mulatos; otros tan negros como etíopes, tan poco agraciados de cara y de cuerpo que quienes les miraban creían ver imágenes del hemisferio inferior» (ZURARA, 2012: 165).

La última referencia alude a la creencia en *antípodas* o *antíctonos*, imaginados como seres fuera del orden de la naturaleza. Otras muestras de marginalidad extrema la encontramos en las poblaciones al sur de los mandingas, descritas por Pacheco Pereira con rostro, dientes y rabos de perro (PACHECO PEREIRA, 1991: 274, 462, 615). Y otro tanto sucede con los ejemplos aportados por el mismo autor en referencia a Sierra Leona y a los òsá de Benín. Respecto de los primeros dice: «unos, tienen dientes limados y agudos, como perros; y otros, los que viven en la espesura de Sierra Leona son hombres salvajes, a los que los antiguos llamaron sátiros, que están todos cubiertos de un cabello o cerdas casi tan ásperas como las de puercos» (PACHECO PEREIRA, 1991: 288, 469-470, 624).

Otra particularidad de estos es que, cuando se les hace mal, gritan en lugar de hablar. Sin embargo, en su haber se cuenta que parecen «criaturas humanas y usan el coito con sus mujeres como nosotros lo usamos con las nuestras». Los otros son caracterizados como salvajes, fuertes y cubiertos de cerdas: «tienen todo de criatura humana, pero en lugar de hablar, gritan» (PACHECO PEREIRA, 1991: 324, 490, 652). La razón de estas imágenes hay que buscarla en los distintos tipos de limado de dientes practicados por estas poblaciones, en el desconocimiento de su lengua y en su modo de vida «salvaje». Cadamosto insiste en el carácter repulsivo de ciertas costumbres, como la que consistía en dilatar paulatinamente el labio inferior por medio de la introducción de discos de madera cada vez mayores. Sus palabras son las siguientes:

tenían el labio inferior alargado más de un *sommeso*, pendiéndole sobre el pecho, grueso y rojo, ensangrentado en su parte interna, mientras que el labio superior era

fino como el de ellos. Por esta forma de los labios, sus encías y dientes quedaban al descubierto y parecían más voluminosos, incluyendo dos colmillos, uno a cada lado. Tenían también ojos grandes y negros, de un aspecto terrorífico, y las encías parecían sangrantes como el labio (AZNAR, CORBELLA y TEJERA, 2017: 100-101).

Como hemos visto en los pasajes anteriores, el habla era uno de los indicios de humanidad, y otros ejemplos insisten en ello. En el relato de Cadamosto, que narra la orden del emperador de Mali para retener a uno de los negros que se dedicaban al comercio mudo en Tagaza, éste se negó en rotundo a hablar (AZNAR *et al.*, 2017: 100). Esto dio lugar a conjeturas, expresadas de la siguiente manera:

no quiso hablar, por más que lo interrogaron en diversas lenguas; ni quiso comer, de modo que murió a los cuatro días. Tras esta experiencia, los negros de Mali consideran que estas gentes no hablan porque son mudas. Otros piensan que, puesto que presentan forma humana, deben saber hablar pero que este negro, por desdén, no quiso articular palabra, al considerar que le estaban haciendo algo que a ninguno de sus antepasados le habían hecho.

Y *Le Canarien* se fija en el lenguaje silbado de La Gomera:

habitada por mucha gente que habla el más extraño lenguaje de todas las regiones de esta parte, pues hablan con los bezos como si carecieran de lengua, y por aquí cuentan que un poderoso príncipe hizo que los llevaran a ella a causa de algún crimen e hizo que les cortaran la lengua, lo que, según su manera de hablar, parece creíble (AZNAR *et al.*, 2006: 129).

Esta referencia ha sido estudiada dentro de las hipótesis del poblamiento insular y su vinculación al derecho penal romano (ÁLVAREZ DELGADO, 1977; ARCO AGUILAR y FARRUJIA DE LA ROSA, 2002; GARCÍA GARCÍA y TEJERA GASPAS, 2018: 138-141), aunque creemos que también puede relacionarse con la *confusión de las lenguas* ocurrida en la Torre de Babel. Este episodio está recogido en el catecismo incorporado a la Crónica (AZNAR *et al.*, 2006: 111-112, 204)²⁶ y casa bien con la consideración clerical de Babilonia como *madre de todos los vicios*.

La inferioridad de los africanos, en especial de los guineos, es explicada por Zurara, remitiendo a la autoridad de autores previos que así lo refieren, por la maldición de Noé contra su hijo Cam, que sometió a sus descendientes a las demás razas del mundo,

para que él y todo su linaje estuvieran sometidos a las demás razas del mundo, y estos descienden de ese linaje, según escribe el arzobispo don Rodrigo de Toledo, al igual que Josefo en su libro de las Antigüedades judaicas o incluso Gualterio y otros autores que hablaron de los descendientes de Noé después de salir del arca (ZURARA, 2012: 148).²⁷

26 La cita textual es la siguiente: «Dios, viendo que no detendrían esa obra, confundió sus lenguajes de tal modo que el uno no entendía las palabras del otro, y de ahí surgieron todas las lenguas que existen hoy en el mundo».

27 Las «autoridades» citadas son Jiménez de Rada, arzobispo de Toledo en la primera mitad del siglo XIII, Flavio Josefo, historiador judío del siglo primero, y Gautier de Châtillon, poeta de la segunda mitad del siglo XII.

Su postergación también se debía a razones de orden natural y político. En este apartado, nuestro informante más culto, recurre a la autoridad de Aristóteles para poner en contexto el nivel de vida del Continente. He aquí su reflexión:

La vida de los hombres es de tres tipos, según dijo el filósofo. Los primeros son los que tienen una vida contemplativa, renunciando a todas las cosas mundanas; se ocupan solamente de orar y meditar, y a estos los llama semidioses. Los segundos son los que viven en las ciudades, haciendo productivos sus bienes y relacionándose unos con otros. Y los terceros son los que habitan en los desiertos, al margen de cualquier convivencia. Estos, al no tener pleno uso de razón, viven como bestias de manera similar a aquellos que, después de la confusión de las lenguas que por voluntad de Dios, Nuestro Señor, se hizo en la Torre de Babel, se dispersaron por el mundo. Y se mantuvieron así, sin aumentar en nada su sabiduría desde su estado primitivo, si bien poseen los mismos sentimientos que las otras criaturas racionales, como el amor, el odio, la esperanza o el temor, y así en total hasta los doce que todos tenemos por naturaleza, que cada cual desarrolla más o menos según la gracia que recibe de Dios (ZURARA, 2012: 185).

Los estereotipos mentales también intervinieron en la descripción de determinados grupos sociales. Esta es la razón, por la que los *griots* fueron confundidos por Valentim Fernandes y por Münzer con judíos (MÜNZER, 1958: 249). Se trataba de grupos de músicos ambulantes, sobre los que recaía la infamia pública, a pesar de ser utilizados para el boato de los señores. La descripción de Valentim Fernandes hace ver que la única coincidencia entre ello era la marginación. Su relato es como sigue:

en este país y en Mandinga hay judíos a los que llaman *gaúl*: son negros como la gente de la región, pero no poseen sinagogas ni realizan las mismas ceremonias de los demás judíos. No conviven con los negros, sino apartados en sus propias aldeas...son chocarreros y tañedores de viola, de guitarrillos y cantadores. Como no se atreven a entrar en el poblado, se sitúan detrás de las casas del señor de la aldea, cantan sus alabanzas en la madrugada y no se van hasta que este ordene entregarles una ración de mijo. Y cuando el señor sale de su casa, entonces los judíos van delante cantando y gritando sus bufonadas...están muy emperrados con los negros, pero no usan entrar en ninguna de sus casas, salvo en la del señor...ningún *gaúl*, esto es, judío ni judía, puede tomar agua en ninguna fuente...el último es el que les proporciona el agua. O si vive en una región con muchas fuentes, utiliza una apartada.²⁸

En el mismo sentido hay que explicar la consideración de *húngaros* de los mercaderes que una vez al año se ocupaban de tráfico de oro y sal en la ciudad de Djieenné.²⁹ Valentim Fernandes los presenta como «rubios o parduzcos». La explicación debe hallarse en la consideración de orientales, atribuida a los húngaros. Esta atribución casa bien con el posible origen etíope de los mercaderes. Sabemos que gentes de ese origen llegaba al África Occidental distribuyendo el cauri del Indico, cuyo uso monetario por loa azanegas, recoge Cadamosto (AZNAR *et al.*, 2017: 102). Y sabemos que los etíopes eran considerados indios, como habitantes

²⁸ Bayerische Staats Bibliothek, Co. Hisp. 27, fol. 91 vº.

²⁹ Bayerische Staats Bibliothek, Co. Hisp. 27, fol 74 vº y 75 rº.

de la India Última, una de las tres que reconocía la ciencia antigua.³⁰ Tenemos constancia de ello en el *indio* Jacob, que llevaba como *lengua* la expedición de Diogo Gomes (LÓPEZ-CANETE QUILES, 1992: 47).

6. CONCLUSIONES

En las páginas precedentes hemos analizado la confrontación entre el bagaje cultural de los viajeros y las novedades que van descubriendo. El balance de este choque es favorable al segundo de dichos términos, aunque tal afirmación admite matices. En primer lugar por el propio desarrollo de las navegaciones. Lo extraordinario se sitúa ordinariamente en la frontera de lo conocido, entrando la retaguardia en la normalidad. Por esta razón y a modo de ejemplo, podemos recordar la visión de Canarias en *De nobilitate et rusticitate* del canónigo zuriqués Hemmerlin, escrito en el último tercio del siglo XIV. En dicha obra se presenta a la población de las islas antes de su evangelización como «personas de ambos sexos, ceñidas y envueltas en pieles de animales muertos, ladrando como lo hacen los perros y, sin embargo, entendiéndose claramente entre sí, con una cara semejante a la que comúnmente tienen los monos» (LÜTOLF, 1943). En segundo lugar, por la idiosincrasia del observador. Es muestra de esta consideración Zurara, cuya familiaridad con los Clásicos privilegia la Tradición a la hora de valorar las novedades. No es el caso de otros compiladores, caso de Münzer o Fernandes, marcados por el interés renacentista por los *nuevos pueblos* y comprometidos con el primer capitalismo comercial. Dichas preocupaciones se acrecientan en los mercaderes y emprendedores, caso de Gomes o Cadamosto.

La valoración geográfica de los nuevos territorios chocó con dos tipos de conocimientos previos: la ciencia clásica y la información comercial. La primera discutía la habitabilidad de las zonas tórridas y reducía la extensión del continente africano, cuestión clave en la ruta a las Indias. La segunda buscaba confirmar los datos del comercio caravanero, envuelto a veces en aureolas míticas, caso del oro de Mali.

El contexto maravilloso fue inicialmente muy potente, debido a la posición periférica respecto de la ecúmene. En él se mezclaban el fondo greco-latino, en especial la idea de las Afortunadas; la tradición bíblica, representada por los ríos del Paraíso; el influjo celta cristianizado, caso del iniciático viaje de San Brandán; y las creaciones propiamente medievales, como las del Preste Juan y las Siete Ciudades. Muchos de estos elementos se mantuvieron, aunque mitigados y con un contenido más natural. Al mismo tiempo se planteó la manera de incorporar las novedades propias de estas regiones, si debía de hacer como nuevas maravillas o como elementos por conocer. En este capítulo se cuenta el descubrimiento de una nueva naturaleza, con su flora y fauna, su clima, sus condiciones de navegación, etc.

La valoración de las nuevas poblaciones no comportó su descalificación como humanos, sino en el retrato de su alteridad. Para ello contaron con los valores aprendidos de la superioridad de unas culturas sobre otras y de la vida cultivada sobre la rusticidad. Estas consideraciones permitían distinguir en «marginales»,

30 Correspondía a los países de las costas de Arabia y el Mar Rojo. Las otras eran la Superior, más allá de Ganges; y la Inferior, más acá de dicho río.

el conjunto de estas poblaciones, y «marginados», los casos extremos de barbarie física y cultural. Estas imágenes servían para copiar el rechazo a grupos mal integrados en la cultura europea, caso de judíos o colectivos sin residencia fija.

7. REFERENCIAS

- ADOLFO PRADO, R. *et al.* (1983): *Mapamundi del año 1375 de Cresques Abraham y Jafuda Cresques*, Ebrisa S.A., Barcelona.
- ÁLVAREZ DELGADO, J. (1977): «Leyenda erudita sobre la población de Canarias con africanos de lenguas cortadas», *Anuario de Estudios Atlánticos*, 23: 51-81.
- ARCO AGUILAR, M. C. del; FARRUJIA DE LA ROSA, A. J. (2002): «La leyenda del poblamiento de Canarias por africanos de lenguas cortadas. Génesis, contextualización e inviabilidad arqueológica de un relato ideado en la segunda mitad del siglo XIV», *Tabona, Revista de Prehistoria y de Arqueología*, 11: 47-72.
- AUGUSTODUNENSIS, H. (1854): *Patrología Latina*, T. 172, J.P., Migne, Paris.
- AZNAR, E. CORBELLA; D. PICO, B.; TEJERA, A. (2006): *Le Canarien. Retrato de dos mundos I. Textos*, Instituto de Estudios Canarios, San Cristóbal de La Laguna.
- AZNAR, E.; CORBELLA, D.; TEJERA, A. (2017): *Los viajes africanos de Alwise Cadamosto (1455-56)*, Instituto de Estudios Canarios, San Cristóbal de La Laguna.
- AZNAR VALLEJO, E. (2007): «Del mar soñado al mar hollado. El redescubrimiento del Océano», *Cuadernos del Cemyr*, 15: 178-179.
- D´AILLY, P. (1992): *Ymago Mundi y otros opúsculos* (A. RAMÍREZ ed.), Universidad de Sevilla-Alianza Editorial, Sevilla-Madrid.
- BAIÃO, A. (1940), *O manuscrito Valentim Fernandes*, Editorial Atica, Lisboa (revisión, J. PEREIRA DA COSTA, 1997).
- BARROS, J. (1932): *Asia*, Ed. António Baião, Coimbra (facsimilar Lisboa, 1988).
- BRÁSIO, A. (1958): *Monumenta Missionaria Africana. África Occidental (1342-1499)*, Agência Geral do Ultramar, Lisboa.
- CALERO, F. (1996): «Jerónimo Münzer y el descubrimiento de América», *Revista de Indias*, 207: 279-296.
- CARTAGENA, A. de (1994): *Allegationes super conquesta Insularum Canariae contra portugaleses* (T. GONZÁLEZ; F. HERNÁNDEZ; P. SAQUERO eds.), UNED, Madrid.
- CASAS, B. de las (1986): *Historia de las Indias* (André Saint-Lu ed.), Biblioteca Fundación Ayacucho, Caracas.
- CASAS, B. de las (1994): *Obras Completas* (M. Á. MEDINA transcripción del texto autógrafa, J. Á. BARREDA fijación de las fuentes bibliográficas, I. PÉREZ FERNÁNDEZ estudio preliminar y análisis crítico), Alianza Editorial, Madrid.
- CENIVAL, P. DE; MONOD, Th. (1938): *Description de la Côte d’Afrique de Ceuta au Sénégal par Valentim Fernandes (1506-1507)*, Librairie Larose, Paris.
- COLÓN, C. (1992): *Textos y documentos completos. Relaciones de viajes, cartas y memoriales* (C. VARELA ed.), Alianza Editorial, Madrid.
- COLÓN, H. (2000): *Historia del Almirante* (L. ARRANZ ed.), Dastin, Madrid.
- LOPES DE ALMEIDA, M.; FERREIRA DA COSTA BROCHADO, I.; DIAS DINIS, Á. J. (eds.) (1960-1974): *Monumenta Henricina*, 15 Vols. y Suplemento, Comissão Executiva das Comemorações do V Centenário da Morte do Infante D. Henrique, Coimbra.
- FOSSE, E. de la (2000): *Viaje de Eustache de la Fosse (1479-1481)*. Edición, traducción

- y estudio (E. AZNAR; B. PICO ed.), CEMYR, Centro de estudios medievales y renacentistas de la Universidad de La Laguna, San Cristóbal de La Laguna.
- GARCÍA GALLO, A. (1957-1958): «Las Bulas de Alejandro VI y el ordenamiento jurídico de la expansión portuguesa y castellana en África e Indias», *Anuario de Historia del Derecho Español*, 27-28: 461-830.
- GARCÍA GARCÍA A.; TEJERA GASPAS, A. (2018): *Bereberes contra Roma. Insurrecciones indígenas en el Norte de África y el poblamiento de las Islas Canarias*, Le Canarien ediciones, Santa Cruz de Tenerife.
- GARCÍA DE CORTÁZAR, J.A., et al. (1985): *Vizcaya en la Edad Media: evolución demográfica, económica, social y política de la comunidad vizcaína medieval*, 4 vols., Haranburu, San Sebastián.
- GONZÁLEZ ROLÁN, T. (2015): «La carta del Preste Juan de las Indias. Un ejemplo de la superación de las fronteras culturales y del interés de europeo por el mundo maravilloso de Oriente», *Cuadernos del Cemyr* 22: 11-28
- FERNÁNDEZ DE OVIEDO, G. (1959): *Historia general y natural de las Indias* (J. PÉREZ DE TUDELA ed.), Ediciones Atlas, Madrid.
- KAMAL, Y. (1926-1951): *Monumenta cartographica Africae et Aegypti*, 5 vols., s. ed., El Cairo.
- LACARRA, M^a. J.; LACARRA DUCAY, M^a. C.; MONTANER FRUTOS, A. (ed.) (1999): *Libro del Conocimiento de todos los regnos et tierras et señorios que son por el mundo, et de las señales et armas que han: edición facsimilar del manuscrito Z (Múnich, Bayerische Staatsbibliothek, Cod. hisp. 150)*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza.
- LEÓN EL AFRICANO, J. (2004): *Descripción general del África y de las cosas peregrinas que allí hay* (Serafín Fanjul, con la colaboración de N. Consolani, traducc., introducción, notas e índices), El Legado Andalusi, Granada.
- LÓPEZ-CANETE QUILES, D. (1992): *Diogo Gomes de Sintra, el Descubrimiento de Guinea y de las Islas Occidentales*, Universidad de Sevilla, Sevilla.
- LÜTOLF, A. (1943): «Acercas del descubrimiento y cristianización de las islas del Occidente de África», *Revista de Historia*, 64: 284-292 [traducción del original alemán, Lütolf, A. (1877): «Zur Entdeckung und Christianisirung der westafrikanischen Inseln», *De Theologische Quartalshrift*, 8: 319-332].
- MONOD, TH.; TEIXEIRA DA MOTA, A.; MAUNY, R.; SARMENTO RODRIGUES, M. (1951): *Description de la côte occidentale d'Afrique: (Sénégal du Cap de Monte, Archipels)*, Centro de Estudos da Guiné Portuguesa, Bissau.
- MONTESDEOCA MEDINA, J.M. (2000): *Los islarios de la época del Humanismo: El «de Insulis» de Domenico Silvestre*, Tesis Doctoral, Universidad de La Laguna, San Cristóbal de La Laguna.
- MUNZER, H. (1958): «Do descobrimento da Guiné pelo infante D. Henrique», en A. Brasio, *Monumenta missionaria africana. África Ocidental (1342-1199)*, Agencia Geral do Ultramar, Lisboa.
- MUNZER, J. (1991): *Viaje por España y Portugal (1494-1495)*, Polifemo, Madrid.
- MOLLAT, M. (1990): *Los exploradores del siglo XIII al XVI. Primeras miradas sobre nuevos mundos*, Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México.
- PACHECO PEREIRA, D. (1991): *Esmeraldo de Situ Orbis* (J. BARRADAS DE CARVALHO ed.), Fundación Calouste Gulbenkian, Lisboa.
- PETRARCA, F. (1990): *Opere: Canzoniere, Trionfi, Familiarium rerum libri*. i, Sansoni, Firenze.
- PHILLIPS, J.R.S. (1994): *La expansión medieval de Europa*, México, Fondo de Cultura

Económica, Ciudad de México.

- PLINIO EL VIEJO (1998): *Historia Natural, Libros III-VI* (A. FONTÁN; I. GARCÍA RIBAS; E. DEL BARRIO SANZ; M^a. L. ARRIBAS HERNÁNDEZ traducc.), Gredos, Madrid.
- POMPONIO MELA (1989): *Corografía* (C. GUZMÁN ARIAS traducc. y notas), Universidad de Murcia, Murcia.
- RANDLES, W.G.L. (1989): «La représentation de l'Atlantique dans la conscience européenne au Moyen Age et à la Renaissance: de l'océan-chaos mythique à l'espace maritime dominé par la science», *Islenha*: 5-16.
- SÁNCHEZ SAUS, R. (1988): «Un linaje hispano-marroquí entre la leyenda y la historia: los Farfán de los Godos», en E. RIPOLL PERELLÓ (ed.), *Actas del Congreso Internacional El Estrecho de Gibraltar*, vol. II, UNED, Ceuta: 323-332.
- SOLINO, C.J. (2001): *Colección de hechos memorables o el erudito* (F. J. FERNÁNDEZ NIETO ed.), Editorial Gredos, Madrid.
- TORRE, A. de la; SUÁREZ FERNÁNDEZ, L. (1958-1963): *Documentos referentes a las relaciones con Portugal durante el reinado de los Reyes Católicos*, 3 vols., Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Patronato Menéndez Pelayo, Valladolid.
- VIGNERAS, L.A. (1973): «La búsqueda del Paraíso y las legendarias islas del Atlántico», *Anuario de Estudios Americanos*, 30: 809-863.
- ZURARA, G.E. DE (2012): *La Crónica de Guinea: Un modelo de etnografía comparada* (E. AZNAR; D. CORBELLA; A. TEJERA ed.), Bellaterra, Barcelona.